

El medio querido no se explica, se habita

Por: Karol Clavijo

¿Qué hace que una universidad se sienta como hogar? No basta con aulas, ni con notas, ni con títulos. Algo más tiene que habitar los pasillos para que alguien quiera quedarse más tiempo del necesario; para que un profesor no solo enseñe contenidos, sino que mire a los ojos con atención real. Ese algo tiene un nombre sencillo, aunque su significado sea profundo: medio universitario. O como muchos lo llaman con afecto, el medio querido.

Ese día, el campus no tenía el ritmo de siempre. Era tiempo de vacaciones, y la universidad reposaba. No se oían conversaciones cruzadas en los corredores ni pasos apurados buscando llegar a clase. Afuera, el silencio era casi absoluto; adentro, comenzaba a levantarse algo más íntimo.

En uno de los salones más altos, donde las ventanas se abren al cielo y los pájaros parecen parte del mobiliario, un grupo diverso se reunió en círculo. No era una clase. Tampoco una charla formal. Aquello tenía el aire de lo que se construye con cuidado. Estudiantes, profesores y otros miembros de la comunidad universitaria tomaron asiento sin jerarquías, sin títulos en juego. Las sillas, ordenadas sin un frente definido, invitaban a mirarse de otra manera.

El facilitador, con tono sereno, fue marcando los ritmos sin imponerse. Propuso comenzar con lo más simple: decir quiénes eran. Pero pronto se vio que no bastaban nombres ni cargos para explicar por qué estaban allí. Bastó esa primera ronda para que la conversación cambiara de textura. Lo que siguió fue una cadena de relatos, emociones, silencios y gestos que decían más de lo que las palabras alcanzaban.

Algunos hablaban con la tranquilidad de quien ha estado cerca del medio desde hace tiempo; otros, con la curiosidad de quienes lo descubren por primera vez. En esa mezcla surgía una coincidencia inevitable: algo ocurre en este espacio que no ocurre en otros. Se hablaba del respeto, de la amabilidad, de una calidez casi inaudita para un entorno académico. Más que describirlo, lo que compartían era la sensación de estar siendo parte de algo que cuida.

Se percibía un tono común, una especie de alivio. Como si encontrarse con otros desde lo humano confirmara que no todo está dicho, que aún hay formas de habitar la universidad sin prisa, sin ruido, sin máscaras. El medio querido aparecía como ese lugar donde no hace falta estar bien para ser bienvenido. Un espacio que no se impone, pero tampoco desaparece.

Algunas reflexiones cargaban años de experiencia; otras, apenas unos meses. Y sin embargo, había resonancia. Una coincidencia en reconocer que este medio forma, transforma y sostiene. No por sus normas, sino por las relaciones que posibilita.

También se asomaron inquietudes. ¿Cómo hacer que más personas lo conozcan? ¿Cómo cuidar que no se vuelva un espacio exclusivo, cerrado sobre sí mismo? Las preguntas flotaban sin urgencia, como si supieran que no buscaban respuestas rápidas, sino apertura.

La sala respiraba distinto. Las intervenciones no se atropellaban, el silencio no era tensión sino pausa. El facilitador observaba y, cuando era necesario, lanzaba nuevas preguntas. Pero el protagonismo era colectivo, compartido, fluido.

Desde mi lugar de observadora, notaba cómo, sin anunciarlo, el medio se manifestaba en ese mismo momento: en el cuidado con que cada uno hablaba, en la forma en que se escuchaban, en las coincidencias que nacían sin necesidad de imponerse. No hacía falta que nadie lo definiera. Estaba ocurriendo ahí.

La universidad, dijeron en algún momento, es un conjunto de universos. Cada quien viene desde su mundo, con sus ritmos, sus cargas, sus búsquedas. Pero cuando el medio aparece, esos mundos comienzan a moverse en un mismo sentido. No igual, pero juntos.

Al salir del salón, el campus seguía quieto. Las escaleras vacías, los árboles en calma, las aulas cerradas. Todo parecía en su lugar, pero algo se había movido. Porque una vez se comprende lo que el medio querido significa, ya no se puede caminar igual. Algo se enciende. Una forma distinta de mirar al otro. Y cuando la educación se vuelve vínculo, ya no solo forma: transforma.